

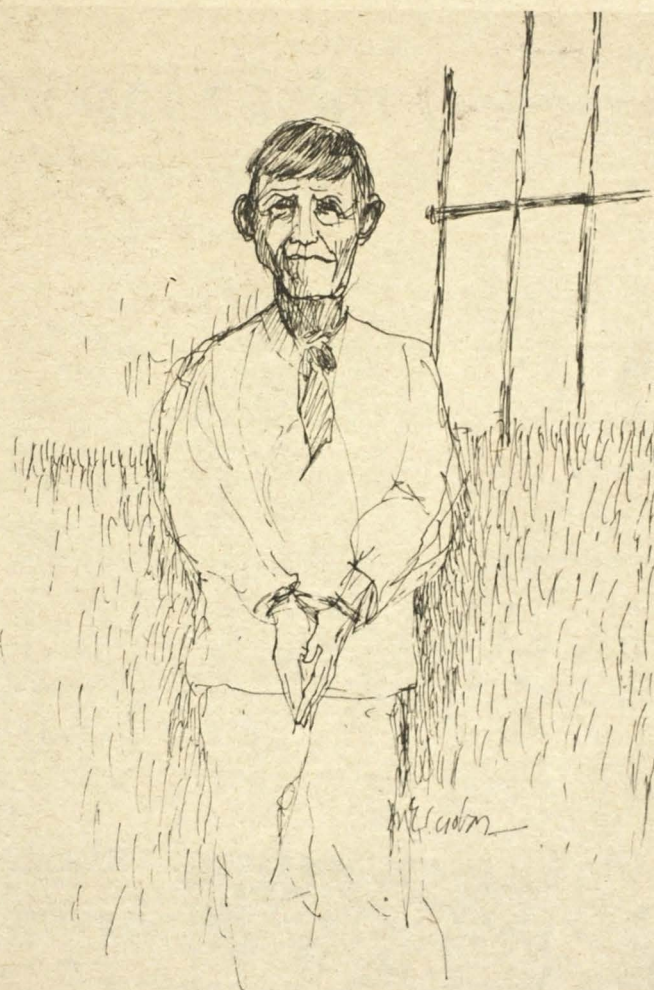
Aquel ensayo agrarista del Presidente Martínez

Por días, semanas y meses nadie podría haber olvidado los momentos terribles del levantamiento de campesinos en el Departamento de Sonsonate. Los residentes de la ciudad contaban de cómo veían pasar las turbas sublevadas sonando sus machetes en las calles empedradas y en los balcones. Intentaron tomar el cuartel —si mal no recordamos— de la Guardia y fue gracias a la sangre fría del Cnel. Ernesto Bará que el drama no culminara con un verdadero horror, mientras llegaban elementos del Ejército a dominar la situación.

Prácticamente los Departamentos de Sonsonate y Ahuachapán sufrieron la acometida de masas de campesinos a quienes los comunistas, especialmente por medio de los cabecillas del Socorro Rojo Internacional, habían adoctrinado llenándoles no sólo de apetencia a la propiedad ajena, sino de odio a las gentes de posición económica y al Ejército. Izalco y Nahuizalco, Sonzacate, Colón, Juayúa, San Julián, Ahuachapán, Tacuba, El Refugio, Salcoatitán y otras poblaciones más quedaron momentáneamente en manos de las turbas sublevadas y obedientes a las consignas de sus caudillos locales, entre ellos José Francisco Ama, un pobre indígena en quien habían despertado todas las aberraciones imaginables. Los generales Armando Llanos, Julio A. Salinas y José Tomás Calderón, lograron mantener la disciplina de los elementos del Ejército y salvar así, siquiera por medio siglo, la República.

Me tocaba figurar entre los elementos de alguna influencia en el Gobierno porque el cargo de Director General de Contribuciones Directas e Indirectas con que me había honrado el Presidente Araujo me obligaba a participar con iniciativas personales. Martínez estaba a punto de depositar la presidencia en el Cnel. Fidel Cristino Garay. En Washington Carlos Leiva se negaba a entregar la Embajada en espera de que el Presidente Araujo fuese restituido en su cargo. Las gentes de todas las clases sociales iban y venían buscando una orientación. Los de más influencia se amontonaban en Casa Presidencial. En el Campo de Marte el Cnel. José Asensio Menéndez entrenaba elementos de la Guardia Civil y en más de una población secundaria de la República los grupos descontentos, los del Partido Laborista, parecían esperar una revancha.

Para mí lo de dar al campesino, en el sitio donde vive, su pequeña parcela era una impostergable conveniencia. Nací en el seno de familia de terratenientes y yo recorría con mi padre sus haciendas siendo casi un niño. El sentía que de procurarse una ayuda a la familia de cada colono se les podría mejorar la vida y de allí vino una iniciativa suya, de vender su hacienda de Siramé de 4,000 y pico de hectáreas al gobierno por la módica suma de ₡ 300.00 cada caballería, pagaderas en mensualidades y para repartir, según eran los términos de propuesta, "entre las



El indígena José Francisco Ama, a quien habían convencido de la urgencia de una violenta reforma agraria.

familias pobres y trabajadoras del Depto. de La Unión".

La tragedia del 19 de enero del 32 me incitó a concebir la Ley original de creación de un organismo para darle vivienda a la familia obrera y su

parcela de tierra a la familia campesina,—comprándosela a su propietario en el mismo sitio donde trabajaba como colono.

A medida que uno avanza en años y ve hacia atrás en su propia historia,

si se han cometido errores graves, se encuentran motivos de arrepentimiento, pero si siempre se supo actuar con rectitud, aunque se admitieran errores, la conciencia queda tranquila. Mi iniciativa de la construcción de casas para familias obreras y la dotación de parcelas para los campesinos, es algo que siempre vi con satisfacción íntima. Es lo que se le puede ocurrir a todo aquel que ve en su país la urgencia de levantar el nivel de vida de los de más abajo.

Se realizaban con frecuencia, en Casa Presidencial, los mismos consejos de ministros de tiempo del Presidente Araujo a donde concurríamos por sugerencia de Enrique Córdova, como colaborador de buena fe, Héctor Herrera y yo. Un día de tantos en un semanario que no recuerdo si de Pérez Menéndez o de Arturo Ambrogio, Diario Latino, o en Patria, di a conocer la idea, y aquello causó verdadera sorpresa en el grupo de los notables que visitaban al Presidente. Una noche se inició el cambio de ideas en la reunión que presidía el Gral. Martínez con el comentario que era de esperarse de un proyecto de reparto de tierras. En casa del ahorcado no hay que mentar la soga y Martínez reaccionó con calma. "Aquí tienen ustedes al autor" les aclaró, señalándome. Al instante respondí y defendí el proyecto —me parece recordarlo bien— con bastante minuciosidad y precisión. Estaba en la junta esa noche el Dr. Belarmino Suárez quien me dispensaba mucha estimación desde los días en que se trabajaba por la candidatura de Enrique Córdova y sin vacilar salió en apoyo de mi idea y dijo más o menos: —"Por todas partes en estos malos tiempos hay haciendas abandonadas dadas en anticresis a los Bancos, que no saben qué hacer con ellas. Para el caso allí no más está la hacienda tal (no digo el nombre para no complicar la historia) que puede obtenerse por ₡ 60,000.00.

La reunión terminó esa noche tranquilamente, y siempre agradezco que el Dr. Suárez hubiese actuado en apoyo mío.

Andando el tiempo y aquí viene la lamentar, aquella hacienda cuyo valor no pasaba de ₡ 60,000.00 le habíase vendido al Estado por tres o cuatro veces su valor.

Ya se había encaminado algo malo fe y el peculado de gente e quiebra vendiendo caro al gobierno. Sin absoluta libertad de prensa, si garantía para la opinión libre, ningún gobierno podrá hacer una buena obra. El error fue llevar gente de un lado o del país en torpes empeños de asentamientos en gran número, olvidándose que el campesino que vive en un sitio, está integrado con su mujer y sus hijos, a todos con quienes se relaciona. Son conjuntos vitales cuya secreta armonía no del romperse jamás y sólo a las gentes ajenas enteramente a la actividad de la empresa agrícola privada se les podría haber ocurrido digamos lo que hizo en Zapotitlán, para terminar en resumidero de fondos más acaba que ha conocido el país.

Por N. Viera Altamirano